

Mercedes Salisachs
Canto a la vida



Clínica
Universidad
de Navarra

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2011 Mercedes Salisachs

© Para esta edición:
Clínica Universidad de Navarra.
Avenida Pío XII, 36
31008 Pamplona, Navarra, España.
www.cun.es

Ilustración de cubierta: Alberto Aragón.

Dep. Legal: NA 2845/2011

EDICIÓN NO VENAL



© Miguel Soler-Roig

La autora

Mercedes Salisachs (Barcelona, 1916) es la escritora en castellano de más edad del mundo. Ha ganado, entre otros muchos galardones, los premios Ciudad de Barcelona (*Una mujer llega al pueblo*), Planeta (*La gangrena*), Ateneo de Sevilla (*El volumen de la ausencia*), Fernando Lara (*El último laberinto*) y Alfonso X El Sabio (*Goodbye, España*).

Está en posesión de la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio y de la Cruz de Oro de la Agrupación Española de Fomento Europeo.

MERCEDES SALISACHS

Canto a la vida



Clínica Universidad de Navarra

Amar es lo contrario de utilizar

JUAN PABLO II

Índice

1	7
2	10
3	15
4	18
5	20
6	24
7	27
8	32
9	34
10	38
11	40
12	41
13	43
14	45
15	47
16	50
17	52
18	56
Epílogo	64
Agradecimientos	65
Historia clínica	66
Sobre la colección	68
Colección Historias de la Clínica	69

LAURA era una mujer feliz. Como buena economista trabajaba en un banco. Se había casado y tenía ya tres hijos. El matrimonio se compenetraba y se esforzaba por construir armonía a su alrededor para sacar adelante sus vidas.

Nada, salvo los recuerdos dolorosos de su primera juventud, dañaban de vez en cuando la placidez de su vida.

Su padre había muerto de cáncer cuando ella tenía 18 años y su madre, aquejada de la misma enfermedad, murió cuatro años después. Laura era la segunda hija de nueve hermanos. Uno de ellos con parálisis cerebral. En ocasiones la vida se vuelve exigente, erosiona placideces y obliga a interrumpir proyectos, sueños y alegrías.

Su hermana mayor y ella tuvieron que hacerse cargo del resto de los hermanos.

La situación no fue fácil para ninguno de ellos, pero supieron superarla debido a la herencia intelectual y espiritual que habían recibido de sus padres.

Tras vencer y enderezar problemas hereditarios e inquietudes tan plagadas de contratiempos, Laura consiguió salir adelante; el miedo y la inseguridad todavía no se habían introducido en su existencia. Aunque los recuerdos se empeñaban en convertirse en desalientos circunstanciales, la fortaleza de sus creencias y su confianza en Dios lograron convertir la pérdida de sus padres en un muro de contención contra los desvíos graves de la vida.

Su matrimonio continuaba siendo feliz y los tres hijos que tenían rebosaban salud y esperanzas llenas de proyectos.

Fueron años de una paz indestructible. Los días fluían sin rémoras o angustias. Nada hacía presagiar problemas significativos hasta que bruscamente surgió algo inesperado.

Laura comenzó a sospechar que un nuevo embarazo iba a aumentar la familia. Era única-

mente una sombra de duda. Su buena salud y la ilusión de tener en los brazos a un nuevo hijo le llenaba de un gozo grande. Fue una especie de sorpresa, todavía inofensiva, todavía disfrazada de ignorancias benignas.

De pronto un imprevisto vino a turbar el fluir cotidiano. Un brote de sospecha surgió una noche entre el silencio oscuro y el sueño a medio empezar.

Fue el movimiento fortuito de una mano, tal vez un pequeño ajuste del camisón, lo que motivó un leve timbrazo de alarma. Palpar un bulto en el pecho, que no dolía, no podía ser causa de una alarma grave.

No obstante, ante la duda de su embarazo, Laura concertó una entrevista con su ginecólogo.

AVECES los científicos se olvidan de que también ellos fueron fetos insignificantes. Y de que la vida es sólo un ensayo general para realizar lo que deberemos representar después de lo que llamamos muerte. Una muerte anunciada desde que nacemos, hasta que las puertas de la verdadera vida se abren.

La mentalidad humana se ha trastocado de tal modo que suele confundir el 'siempre' con la 'eternidad' y el 'nunca' con el 'fin de la vida'.

Por eso, desde que el mundo se ha llenado de pequeños diosillos que establecen leyes basadas en anarquías destructivas, matar es la forma más sensata y cómoda de librarnos de algo que puede convertirse en un problema. Los niños no suelen ser hijos hasta que nacen. Y si además corren el riesgo de nacer con alguna deficiencia grave, es preferible eliminarlos. Esa

fue la conclusión del ginecólogo que trataba a Laura.

—Haremos una biopsia de su bulto en el pecho, pero si está usted encinta y el bulto es maligno, tendrá que suprimir el feto. La quimioterapia lo dañaría.

Laura no podía dar crédito a lo que le estaban proponiendo.

—Lo siento, doctor, pero no me someteré a un aborto.

El médico no entendía aquella decisión.

—Pero si usted ya tiene tres hijos, ¿para qué quiere tener otro?

—No, doctor, yo ya tengo cuatro —le corrigió Laura.

—Pero es mejor tener tres sanos que cuatro, y que uno de ellos tenga alguna deficiencia.

—Sea como sea, será muy querido —le respondió ella.

Aquel mismo día le hicieron la biopsia del bulto de mama.

—Tardaré una semana en darle el resultado. Si es maligno, será preciso operarla enseguida —le insistió el médico.

Su voz era una especie de pregón implacable. Su forma de plantear lo que para Laura era una tragedia, le ofendía: matar a un hijo era para ella tan terrible como suicidarse.

Pero lo que más le ofendía no era la proposición del médico, sino la frialdad con la que planeaba la muerte del hijo que llevaba dentro.

—Parece que lo estoy viendo —me dijo Laura—. Hombre de mediana estatura, tal vez de 50 años, de maneras como envueltas en indiferencias, desligado de cualquier trascendencia y muy unido a la ley.

—Antes abortar era un hecho penado por la ley —le dijo—. Pero ahora ya no es un delito.

—Para mi forma de pensar sí lo es —le atajó Laura—. Mala es una ley que mata a los seres humanos indefensos.

Pero el médico insistió:

—En los primeros meses el feto no tiene capacidad para sufrir.

—Se equivoca, doctor; el sufrimiento existe. No podrá quejarse. No tendrá voz, pero está comprobado que el feto sufre. El dolor ha sido reflejado en las ecografías. El feto se encoge, quiere defenderse. Lucha instintivamente. Es como un grito silencioso.

—También es terrible tener un hijo discapacitado, o tal vez enfermo durante toda su vida. Mejor es evitar el daño, antes de que ese daño pueda prolongarse y cause sufrimientos desbordantes.

—A veces los seres ‘diferentes’ son mejores que los que intentan matarlos —le interrumpió Laura.

—Pero en su caso el aborto sería un coágulo de sangre sin valor.

—Un coágulo que vive. El valor será pequeño pero vivir es un derecho inviolable. Al fin y

al cabo, todos antes de nacer somos pedazos de sangre y carne —continuó diciendo Laura—. También las plantas, antes de ser flores, suelen ser sólo semillas escondidas en la tierra.

El doctor la miraba como si contemplara a un ser descolgado de la lógica más primaria. No podía entender la terquedad de una mujer a la que, por encima de su problema, lo que de verdad le preocupaba era que su hijo naciera.

LAURA salió de la consulta no tanto asustada como indignada. Aquel mismo día le confió a su marido todo lo ocurrido en la visita a su médico.

Su marido le dio la razón.

Para Laura aquel apoyo fue definitivo.

—Dentro de una semana sabremos el resultado de la biopsia. Seguramente será un tumor benigno.

El ser humano con frecuencia tiende a descartar lo peor. Vivir consiste en esperar sosiegos.

Cuando se ha vivido en una placidez feliz, los malos augurios se disuelven en nebulosas sin tormentas. Son únicamente brotes de alarma difusos que pronto dejan de serlo.

La conversación que mantuvo con aquel ginecólogo no le gustó. Tener un médico que

confunde éticas equivocadas con derechos vitales del ser humano no le convencía.

—Si su bulto es un cáncer, y no aborta, el niño puede salir muy dañado por la quimioterapia. En cuanto a usted —le insinuaban— los efectos secundarios son llevaderos (caída del cabello, descensos de leucocitos, anemia, plaquetas que alterarán la coagulación sanguínea produciendo hemorragias graves, náuseas, vómitos) pero podrían causarle afecciones graves al feto y varias anomalías en su desarrollo. Además los niños sometidos a la quimioterapia de la madre tienen menos peso de lo normal para sobrevivir.

Lo que los médicos explicaban a Laura no lograba convencerla.

—Todo saldrá bien —le decía su marido. Seguramente tu bulto en el pecho es una inoportuna molestia sin gravedad.

Pero aunque Laura procuraba darse ánimos a sí misma, cuando las tardes se inclinaban hacia las sombras nocturnas, el recuerdo

de sus padres muertos por la crueldad del cáncer era algo muy inquietante que se empeñaba en torturarla.

¿Tenía miedo de morir? No; su miedo consistía en dejar a sus hijos sin madre.

En el silencio de las horas nocturnas, le resultaba muy difícil asimilar las amenazas, que durante el día podían sobrellevarse con serenidad y esperanza.

Laura dormía mal. Aunque su marido trataba de calmarla, el desasosiego comenzó a ser su peor enemigo.

Despierta, daba mil vueltas a los peligros y, si dormía, los peligros se metían en sus sueños.

Pero el resultado del pequeño bulto en el pecho nunca llegaba.

LA ESPERA pronto se convirtió en una tortura. Cuando las horas son dueñas de algo futuro, parecen alargarse, y nada evita que los temores aumenten.

Era imposible borrar las probables amenazas de un mañana que estaba a punto de ser presente.

Romper de golpe placideces y serenidades cuando las guadañas de una amenaza terrible se vuelven agresivas es como caminar sobre un volcán a punto de echar fuera su lava.

De pronto: el miedo. Miedo de todo.

En ocasiones es el miedo lo que trastoca los mayores pilares de nuestras firmezas.

Laura tenía muy claro lo que debía hacer, pero el miedo no dejaba de inmiscuirse en ciertos resortes contradictorios. Por eso más de una vez, el temor de Laura consistía en sufrir

un temor doble; algo parecido a tener miedo del miedo.

No obstante, su marido era el gran apoyo de Laura.

—No pienses —le decía—. Confía y acuérdate de que yo te apoyaré siempre.

Cuando las angustias pueden ser compartidas, a veces el miedo es casi un señuelo; un horizonte despejado en la estrechez de la mente.

Mientras tanto, los días transcurrían lentos y las amenazas parecían crecer.

EL FIN de semana no se ofrecía brumoso. Los fines de semana son siempre excusas alegres para abandonar la ciudad. El ritmo de la vida se aligera y los acontecimientos que se esperan parecen acrecentarse ante la posibilidad de aferrarnos a un cambio de decoración.

Jorge, el marido de Laura, le propuso un breve desplazamiento hacia Menorca.

—Es un lugar tranquilo y digno de ser visitado. El casco antiguo de Ciudadela sorprende por lo importante que en su día pudo ser esa pequeña isla.

Laura aprobó la oferta. De hecho, ciertas escapadas alegres, pese a los graves momentos de la existencia, pueden amortiguar desalientos y temores.

Laura recuerda aquel breve viaje como una especie de anestesia propicia a aminorar la brutalidad de la noticia que le esperaba.

Jorge dejó pasar dos días como si la placidez de aquel fin de semana fuera a ser eterno.

No dio muestras de inquietud. Tampoco exageró las habituales atenciones con ella.

Sencillamente fue una pequeña escapada de un matrimonio que se quería.

Llegó el domingo. Era un domingo alegre, un día en el que la famosa ventisca que solía azotar la isla había decidido esconderse mar adentro para que la puesta de sol fuera cómplice de una placidez necesaria y benigna. La tarde transcurría como si el horizonte de los peligros se hubiera esfumado. Envueltas en una bonanza armónica, las horas ya no eran largas ni cortas. Sólo eran instantes bellos y proclives a olvidar brumas dolorosas.

Jorge y Laura paseaban tranquilamente junto a un mar que se fundía con el atardecer. El agua era eso: una enorme pista plateada que de puro lisa semejaba ser prolongación de la tierra con distinto color.

Nada rompía la magia de aquella tranquilidad que se apreciaba inquebrantable.

Aunque octubre se volcaba ya sobre un noviembre cercano, como anunciando fríos y ventiscas alteradas, aquel atardecer se negaba a romper la calma de un día que rebosaba paz.

Tras un departir sosegado y sin incidencias dolorosas, Jorge se detuvo unos instantes y cambió el rumbo de la conversación:

—Tengo que contarte algo —le dijo.

Algo que podía alterar el futuro inmediato. Laura le dejó hablar; la voz de su marido no era alarmante, antes al contrario, rezumaba naturalidad y una total certeza de que lo que iba a decirle no debía alarmarla.

Incluso imaginaba que el asunto nada tenía que ver con su problema. Pensó que se trataba de algo relacionado con su trabajo.

Cuando la inteligencia se llena de cariño, es capaz de convertir los peores momentos de la vida en algo parecido a una vaga situación desprovista de relieves graves.

Jorge era inteligente y su mujer era para él lo más importante de su existencia: la admiraba, y consideraba que Laura merecía atenciones especiales porque también ella era especial.

Lentamente pero con la firmeza del que ofrece apoyo incondicional, le fue explicando que desde el viernes conocía el resultado de la biopsia. Pero que no quiso estropear la placidez y el bienestar de aquel fin de semana que habían compartido los dos.

Laura oyó su voz contemplando el mar. La calma de aquel paisaje fue una especie de refugio para ella.

Nada podía ser grave cuando los atardeceres son espacios abiertos hacia la paz.

La voz de su marido era un paso grande hacia la esperanza. Nada podía constituir un duro avanzar hacia un callejón sin salida.

Pero en ocasiones, las brumas escondidas no tardan en vencer el sueño plácido de la serenidad.

EL MAR encalmado fue pronto un señuelo triste y alarmante. El miedo y el dolor volían. La duda ya no era duda, sino certeza y las certezas dolorosas no admiten sosiegos.

De nuevo surgía el caos, la inquietud, el miedo.

La vida cotidiana dio un vuelco grande.

Otra vez se desplegaron visitas a distintos médicos, pero todos coincidían con el primero y la palabra aborto era tan común que resultaba inútil desecharla.

Sin embargo, Laura continuaba inmersa en su decisión. Confiaba en el futuro. Aunque oscuro, ciertas luces todavía lejanas la obligaban a mantener su postura. Matar no era solucionar su vida.

Matar era destrozarla.

Recordó que su amiga Mariam Suárez, hija del primer Presidente de nuestra democracia,

había soportado un trance parecido al suyo con un resultado muy favorable para su hijo.

Laura recurrió a ella. Sus formas de pensar eran las mismas y el cariño que las unía reforzó aún más la decisión que, desde el primer instante en que tuvo conciencia de su gestación, había adoptado.

Mariam insistió en la necesidad de ponerse en manos de quien respetaba la vida y no juzgaba que los principios de un embarazo podían ser únicamente un coágulo sanguíneo.

Tras departir con ella decidieron trasladarse a Pamplona.

Mariam Suárez tenía razón. Su caso era similar al de Laura y su embarazo, tras la operación, continuó avanzando sin menoscabo del hijo que esperaba:

—No busques más —dijo Mariam a Laura. Tú y tu hijo estaréis en las mejores manos. El equipo de la Clínica Universitaria de Navarra es el mejor de España.

Pese a ello, Laura y Jorge consultaron algunas clínicas y hospitales en Europa y Estados Unidos. Pero finalmente siguieron el consejo de Mariam. Les convenció su experiencia, el prestigio asistencial e investigador de la Clínica, y el saber que aquí disponían en un mismo recinto de todas las especialidades que pudieran necesitar durante el tratamiento —ginecología, oncología médica, oncología radioterápica, pediatría...— y de muchos profesionales que trabajaban en equipo de manera coordinada.

EL VIAJE a Navarra fue como una puerta abierta a la esperanza. La guerra que parecía perdida era ya un simulacro de paz que auguraba triunfos alentadores.

El sueño volvía a cubrir los desvelos de Laura y de su marido.

Algo muy positivo asomaba por fin en un horizonte sobrecargado de brumas.

El hecho de esperar una ayuda eficaz, tras tantas certezas destructivas, fue para Laura como alcanzar un rayo de luz más allá de una tormenta oscura que sólo su marido y ella habían afrontado contra viento y marea.

El doctor Guillermo López, director del Departamento de Ginecología de la Clínica Universidad de Navarra, no sólo venció el desaliento que el matrimonio venía arrastrando, sino que supo detallarles con serenidad y convicción lo que para él era un hecho irreversible.

—Tratándose de un embarazo de primer trimestre se debe hacer, en primer lugar, un estudio de extensión de la enfermedad y, según los resultados, planificar el tratamiento, que es compatible con la evolución natural del embarazo.

La voz del doctor López no era un eco transitorio. Era el anuncio de una verdad convincente, un compromiso profesional que no tenía vuelta de hoja. Y también el adelanto de una verdad que descartaba amenazas angustiosas.

—Este plan de tratamiento es una opción totalmente científica que se apoya, además, en la gran experiencia multidisciplinar que tenemos en nuestro centro, y que la bibliografía médica avala. Si usted necesita apoyo, aquí lo encontrará.

Aquellas afirmaciones del doctor López fueron para Laura como un barrido total de fatigas sucias y hundimientos desoladores.

Por fin alguien con atributos profesionales le daba esperanzas de algo que otros enten-

didados en la materia —considerados importantes— venían juzgando como difícil o imposible.

A veces las cegueras y las sentencias desfavorables no son más que simples consecuencias de la comodidad o de la ignorancia, o quizás también de una falta de ética.

Pero el doctor López carecía de esos tres lastres humanos. Y desde la solidez de sus conocimientos fue exponiendo al matrimonio el proceso que paso a paso debía llevarse a cabo para tratar la enfermedad de manera coordinada con otros departamentos de la Clínica y salvar no sólo a la madre sino también al hijo.

Tras aquel ofrecimiento, el futuro que le esperaba a Laura rezumaba tranquilidad. De improviso surgió la confianza que Laura tanto precisaba. Se apoyaba en la ayuda y el prestigio del doctor López, de su equipo y del resto de departamentos de la Clínica, pero también en Dios. Algo le decía que la decisión adoptada no carecía de riesgos: peligros escondidos que sólo Él podía evitar.

Desde sus más lejanas cercanías al amor divino, Laura pasaba los días y los desvelos nocturnos hablando con Dios. Ese era su gran consuelo.

Tenía la certeza de que Él la escuchaba. Sabía que, desde lo alto, más que rezar oraciones conocidas, lo que verdaderamente agradaba al Señor era departir con Él penas y alegrías, sensaciones sanas, confianzas y temores.

Nadie salvo Dios puede paliar y disminuir los trances que duelen y asustan. Fue durante aquellos días tan propicios a los miedos e incertidumbres, cuando los esquemas internos de Laura cambiaron.

Educada por sus padres en la fe católica, sus formas de vida nunca dejaron tras ella huellas lamentables.

Fue su embarazo amenazado por el bulto en el pecho, lo que empezó a nutrir con solidez el edificio de su faceta religiosa, al confiar plenamente en la ayuda sobrenatural.

De hecho, la práctica de hablar con Dios acabó siendo un gran apoyo.

En ocasiones tenía la sensación de que Él no sólo la consolaba, sino que le respondía.

Y sus respuestas sin palabras eran siempre positivas.

—Tenía la sensación de que Dios me tranquilizaba —me confió Laura.

Incluso a veces parecía que le decía: “Entrégate a mí y yo actuaré”.

Y actuó. Primero, mitigando sus ya escasos instantes en que el temor le vencía, para llenarla luego de una paz inmensa hasta entonces desconocida.

EL VIAJE a Navarra fue como recorrer una distancia lejana que se abría cada vez más a una perspectiva todavía capaz de minar sus energías internas.

—Lo peor fue despedirme de mis hijos. Aunque traté de ocultarles la emoción y el temor, a medida que el tiempo iba acortando el adiós a mis pequeños, se alargaba mi miedo de no volver a verlos.

En ocasiones los miedos de nuestros sentimientos pueden más que las seguridades.

—Hice esfuerzos para no llorar. El alma se me encogía de pena pero mis hijos sonreían.

—¿Cuándo volverás, mamá?

—Pronto. Será un viaje corto —les aseguré.

—Te esperaremos —decían—, pero no tardes.

Tardar podía ser un trazado largo. Tal vez irreversible, pero Laura insistía:

—No tardaré, hijos míos. Sólo es un breve viaje turístico. Cuando regrese os contaré todo lo que haya visitado en Navarra. Tendremos charleta para largo.

No. Los niños no llegaron nunca a percibir el gran dolor que le estaba encogiendo el alma.

—Pero sólo llegué a desahogarme de aquel adiós tan triste cuando, instalada junto a mi marido en el coche, rompí a llorar.

—Los niños no merecían ver a su madre destrozada —me confesó Laura.

Afortunadamente, su marido, también emocionado, compartió aquel dolor sosegando el llanto de Laura con el suyo.

DE ACUERDO con la paciente y su familia, se procedió a una cuadrantectomía de la mama derecha con anestesia general.

Laura recuerda el afecto y las muestras de cariño que recibió de todos los que la asistieron durante su estancia en la Clínica Universidad de Navarra. Médicos, enfermeras, camilleros, todo el personal se volcó en atenderla como si se tratara de la única paciente en toda la Clínica.

—No era un número; tampoco era una enferma corriente. Era Laura Castán, futura madre de un cuarto hijo que debía ser operada con urgencia de un cáncer de mama —me dijo.

Dado el resultado de la anatomía patológica que diagnosticaba un carcinoma ductal, se aconsejó realizar una mastectomía (extirpación de la mama) sin demora. Y para ello, Laura tuvo que regresar de nuevo a Navarra para someterse a una segunda intervención.

Una vez más, el personal de la Clínica la acogió con muestras de afecto. En la Clínica se respiraba un trato familiar y Laura se sintió en todo momento atendida con la eficacia y la delicadeza que su estado requería.

Pero también fue un golpe más, cuando al despertar se encontró con una parte del lado derecho de su cuerpo vacía.

Pese a sentirse liberada de una amenaza cruel, le costaba asumir que como mujer fuera una versión alterada y disminuida de sí misma. A veces su marido trataba de animarla:

—Recuerda la importancia de las famosas Amazonas —le decía bromeando—. Para ellas lo esencial consistía en tener un sólo pecho para manejar mejor sus armas. Y los hombres eran únicamente esclavos que utilizaban como sementales.

Aquellas bromas de lejanos tiempos solían animar a Laura. El apoyo entre cómico y alegre que le proporcionaba su marido fue un

elemento primordial para vencer la incipiente desolación que sentía tras la última intervención.

Afortunadamente, el post-operatorio transcurrió sin incidencias inesperadas.

Dos semanas después de la mastectomía, de acuerdo con el Departamento de Oncología, se llevó a cabo la primera sesión de quimioterapia. Laura se encontraba entonces al final del primer trimestre de gestación.

Para completar el tratamiento tuvo que someterse a seis ciclos de quimioterapia, uno cada cuatro semanas.

Después de cada ciclo, y en cuanto recuperaba un poco las fuerzas necesarias para abandonar la Clínica, Laura regresaba a su casa. Precisaba estar con sus hijos. Pasaba largas horas en la cama, sobrellevando los efectos secundarios de las sesiones de quimioterapia. Sin embargo, no dudaba en arreglarse y vestirse cada tarde antes de que los niños regresaran del colegio para darles la bienvenida.

Tampoco dejó nunca de levantarse para desayunar con los pequeños. Y siempre que podía jugaba con ellos, les contaba cuentos y les ayudaba a hacer los deberes.

En suma: su 'comedia' era muy dura, pero Dios le dio las fuerzas necesarias para representarla con brío.

Sus hijos jamás sospecharon que, durante varios meses, su madre anduvo sobre una cuerda floja sin más red para ampararla que su gran fe en la misericordia divina.

EN OCASIONES las estancias en Pamplona eran largas y los efectos secundarios de la quimioterapia eran demasiado inclementes para emprender de inmediato el regreso a Madrid.

Pero Laura prefería sobrellevar las duras molestias del tratamiento cercana a sus hijos.

—No quería que sospecharan hasta qué punto su madre sufría —me dijo.

No sólo debía soportar los ataques contra el cáncer ya extirpado, aquellos brotes de miedo que la servidumbre humana experimenta en trances duros y difíciles, sino también el esfuerzo necesario para mostrar serenidad y vencer desalientos delante de sus hijos.

Con frecuencia el doctor López se volcaba en tranquilizarla.

—La lucha, ya ves, no va a ser fácil, pero el esfuerzo que haces merecerá la pena —le insistía.

Para Laura aquellos meses de espera fueron algo más que un legado difícil y angustioso.

Fue, sobre todo, una transformación. Como si el mundo diera un vuelco en todas las facetas que hasta entonces había vivido como algo normal y corriente.

Los trances agudos e inesperados son como llamadas exigentes, no sólo espirituales sino también mentales.

De improviso lo normal se desvirtúa, se inclina a divagar y a transformar los puntos de vista. Nada es lo mismo. Nada conserva la categoría de algo firme y corriente.

La vida se transforma en otra cosa. Algo que obliga a reflexionar. Todo lo que parecía normal se convertía en un regalo.

AUNQUE EL embarazo de Laura proseguía su curso normal, hasta el cuarto mes le costó mucho engordar. Para entonces ya le habían practicado dos sesiones de quimioterapia.

La espera para Laura era cada vez más difícil de sobrellevar, sin embargo las ecografías mostraban claramente la buena salud del pequeño. Ningún impacto agresivo lo había dañado hasta entonces.

Aquel descubrimiento fue un descanso inmenso para Laura.

No obstante, faltaban aún cinco meses para que el alumbramiento tuviera lugar.

Cinco meses sobrecargados de silencios que, aunque parecían positivos, no dejaban de ocultar probables derrumbes.

LLEGÓ el mes de mayo como llegan las zozobras escondidas entre claridades luminosas. Todo era esperanza y temor. Y ganas de terminar un trance horrible que, al mismo tiempo, era gozoso.

Atrás quedaban ya los malos hechos vividos y también las bonanzas que permitían esperar lo que todavía se escondía en el arcano de lo posible.

Algo le decía que sus esfuerzos y el trayecto trazado por el doctor López, siempre firme y minucioso, no podía fracasar.

Las seguridades, aunque sean precarias en lo puramente humano, cuando se apoyan en la fe jamás fallan.

Por supuesto, aunque segura de sus decisiones, Laura experimentaba momentos de desaliento. Los seres humanos no podemos

depender totalmente de nuestros optimismos por muy sólidos que se nos antojen.

El vaivén de nuestras firmezas es siempre precario porque todo en torno a nosotros puede influirnos: el cambio de clima, la noticia inesperada de una desgracia, las nubes, el sol, las digestiones o cualquier gesto hurraño pueden dañar las firmezas más optimistas.

Nada en nosotros puede ser totalmente seguro cuando la seguridad se ve atacada por esos impulsos externos que rodean nuestras vidas.

Sólo la fe puede paliar las mil facetas adversas que soporta la esperanza.

El día 15 de mayo del año 2000 se indujo el parto. A pesar de la buena dinámica, tras casi cuarenta y ocho horas no se inició el alumbramiento, por lo que fue necesario realizar una cesárea. El niño pesó 2.800 gramos y las exploraciones realizadas por el neonatólogo fueron normales.

El post-operatorio cursó sin incidencias y Laura fue dada de alta al octavo día.

LO PRIMERO que llamó la atención a Laura tras la cesárea fue el llanto del niño. Era un llanto alegre, normal y muy brioso.

Parecía como si al llorar de aquel modo, el recién nacido estuviera expresando las angustias que soportó mientras los médicos debatían su asesinato, aconsejando a su madre que abortara. Así justificó Laura aquel llanto.

Cuando le entregaron al pequeño fue como si aquel diminuto ser, sin la menor lacra y con un vozarrón lleno de energía, fuera el mejor regalo que le habían hecho a lo largo de toda su existencia.

Nada podía ya amenazar la salud de aquel ser, que por fin lloraba fuera del seno materno.

Era difícil saber hasta qué punto aquel pequeño (tan lleno de perfecciones) había experimentado todo lo que su madre había tenido que luchar para salvar su derecho a la vida.

Tal vez por eso, el calor de los brazos maternos logró sosegar su llanto.

De improviso todo cambió el decorado de sus inevitables miedos. Nada era ya precario. El niño estaba en sus brazos; sano y presto a formar parte de los trayectos que el mundo le iba a ofrecer.

EL ACONTECIMIENTO pronto llegó al resto de la familia.

—Tenéis un nuevo hermano,—les dijeron a los tres mayores—. Ha nacido en Pamplona y se va a llamar Jaime.

Aquel mismo día la suegra de Laura emprendió el viaje a Navarra junto a sus tres nietos.

Fue un trayecto deslavazado de miedos e incertidumbres.

Laura los vio llegar con el alma colmada de dicha.

Los meses transcurridos entre nieblas estaban ya destruidos y enterrados.

Sus hijos eran ya cuatro. Tal como ella vaticinó cuando cierto ginecólogo pretendía que sólo fueran tres.

La habitación de Laura era una especie de jardín rebosante de flores, hijos sanos y un porvenir abierto a la felicidad.

Despojada de temores, el matrimonio no cesaba de dar gracias a Dios.

Las memorias amenazantes se fundían en proyectos alegres. Nada era ya precario y desalentador.

Fin de la cadena que la duda impone. Fin de ver la vida como un imprevisto tornado devastador.

El pequeño Jaime sano y salvo se aferraba firmemente al camino que debía recorrer a lo largo de su existencia.

Nada impedía que la placidez volviera a instalarse en la familia. La represión que en ocasiones se introducía en sus sueños carecía de un valor destructivo.

Todo era una realidad indiscutible.

Laura y Jorge, más unidos que nunca, acogieron aquel hijo como un milagro de Dios.

LAURA me aseguró que lo que aprendió sufriendo el interminable éxodo hacia la impotencia humana le cambió radicalmente la vida.

Aunque procuraba no demostrarlo, las sensaciones dieron un vuelco grande en su interior.

Los valores escondidos suelen potenciarse y los pequeños reveses que a menudo nos parecen importantes, se convierten en simples incidentes carentes de valor.

Aunque en apariencia Laura era la misma, el trance que tuvo que sufrir le dejó su impronta de un modo definitivo.

Para ella comenzó algo mucho más bello, más firme, más inmerso en un amor indestructible que tenía sus raíces allá donde el verdadero amor nunca muere.

Jaime fue bautizado en Madrid en la parroquia de San Jorge.

Laura recuerda aquel día con el gozo de los presentes felices que consiguen vencer trances pasados espantosos.

Nada era ya una amenaza. Todo podía superar la lucha que el miedo le había causado.

Laura recuerda que en la iglesia donde Jaime fue bautizado, había un inmenso Cristo crucificado con la cabeza caída hacia un lado. Se detuvo a contemplarlo unos instantes.

Aquella cabeza caída, desolada y sin vida, fue una llamada amorosa para ella.

Dios vencido y muerto le estaba diciendo que también había resucitado y que su resurrección no era algo circunstancial, sino un vivir más allá del tiempo y para siempre.

La emoción de Laura fue grande por la cercanía que experimentaba ante aquella cabeza derrumbada y vencida.

Hoy es una mujer feliz, sin fisuras graves y llena de nuevas convicciones internas que nunca dejarán de apoyarla.

TRANSCURRIDOS seis meses, en una revisión médica, el doctor López descubrió un tumor de ovario y de nuevo hubo que afrontar la extirpación no sólo de la matriz, sino también de los ovarios. Aquella operación era necesaria dados los antecedentes familiares y personales de Laura pero en ningún momento alteró la serenidad y la paz de una mujer que ya había superado con fortaleza y esperanza los combates más duros que una madre puede soportar.

En ocasiones, cuando Laura hablaba con su hermana mayor, recordaba cierta conversación mantenida meses atrás que, por aquel entonces, parecía ser una especie de anuncio entre terrible y a la vez inverosímil, pero que en realidad fue un avance de algo que acabó siendo verdad.

La hermana mayor de Laura le comentó entonces que estaba de nuevo embarazada del

que sería su octavo hijo. Y Laura, bromeando, le respondió, que más valía otro hijo que tener un tumor.

Una semana después aquella conversación tuvo un doloroso desenlace, porque fue entonces cuando se descubrió que Laura también estaba embarazada pero que, además, tenía un tumor en el pecho.

A LOS CINCO años de nacer Jaime, el periódico *El Mundo* lo estampó en una fotografía. Envolviendo aquella carita de mirada inteligente y rebotante de salud, el titular decía: “Una quioterapia con premio”. A continuación un artículo esquemático explicaba la historia de su nacimiento gracias al sentido ético de la madre.

Una mujer valiente que por encima de cualquier dificultad, lo que primaba en ella era el amor a un hijo recién instalado en su seno y a la voluntad del Padre Dios, que permitió un proceso doloroso pero tan esperanzador como valioso.

De nada sirvieron las opiniones adversas que pretendían eliminarlo. Ni su padre, ni su madre estaban dispuestos a matar lo que habían engendrado por amor.

El amor verdadero es algo más que una sensación placentera: es ante todo un regalo

de la potencia afectiva que nos llega desde las alturas y nos permite intuir lo que será el amor sin fin, cuando nos libremos de la coraza que llamamos cuerpo.

Laura también me habló del cambio que experimentó su vida tras la odisea que tuvo que soportar durante aquel largo y difícil tránsito hacia la paz.

—Infinidad de situaciones que solían pasar inadvertidas comenzaron a adquirir importancia, y lo que hasta entonces parecía importante iba diluyéndose en nimiedades —me dijo.

Para ella fue como si el mundo hubiese dado una rotación distinta a la habitual.

Los valores que se consideraban esenciales adquirían tintes distintos. Las búsquedas se desvanecían, los enfados se llenaban de paciencia, la fe en Dios se reforzaba y el amor adquiría relieves asombrosamente distintos.

Rezar no consistía solamente en recitar frases aprendidas desde la infancia. Los rezos

de Laura adquirirían matices nuevos, significados firmes y relieves sobrecargados de nuevas esperanzas.

Todo para Laura comenzó a ser algo sorprendentemente valioso. Los brotes de las plantas, las lluvias, la luminosidad de los días claros, las voces de sus hijos, las preguntas y respuestas de aquellos cuatro ángeles que Dios le había dado.

Y su marido. Aquel segundo yo que siempre supo estar a su lado, procurando alentarla, dándole el vigor que, a ratos, ella casi perdía.

El verdadero amor es mucho más que un deseo de fundir a dos personas que se atraen en situaciones pasajeras y puramente físicas.

El verdadero amor no es una simple ilusión conseguida: algo transitorio que pronto languidece.

El verdadero amor consiste en unir apoyos, convicciones, sueños, puntos de vista, silencios

y clamores. Callar cuando el instinto exige gritar y desechar noches oscuras en la claridad del día.

Mucho más podría explicar Laura de lo que experimentó durante aquel periodo de incertidumbre y miedo. Pero al final todo aquello se convirtió para ella en un trance lleno de consecuencias positivas.

La experiencia le dio riquezas que superaron con creces la miseria que le habían infundido sus primeros temores.

Era ya otra mujer: segura, llena de amor por los suyos y preparada para afrontar cualquier niebla dolorosa con la firmeza y el tesón que sólo la fe puede conceder a los que saben encontrarla.

UNA TARDE cualquiera de otoño Laura se había instalado en la terraza de un restaurante, cuando de pronto algo que no sabría definir, le impulsó a pedir papel y bolígrafo para escribir.

El destinatario de aquella improvisada carta era Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

La carta decía:

Santo Padre:

Esta es una historia preciosa que cada día vivo, disfruto y me acerca a Dios. Con ella he aprendido a ver la mano de Dios en mi vida, en mi matrimonio y, sobre todo, en mis hijos.

Me llamo Laura Castán y estoy casada con Jorge desde hace once años. Tenemos cuatro hijos: María (9 años), Ignacio (7 años), Inés (6 años) y Jaime (18 meses). Soy economista,

trabajé durante diez años en un banco, pero hace unos años decidí trabajar menos para poderme dedicar un poco más a mi familia.

Soy la segunda de nueve hermanos (uno de ellos con parálisis cerebral). Mis padres fallecieron de cáncer cuando todos éramos muy jóvenes. Nos dejaron la mejor herencia que se puede, que es una buena formación, claridad en la escala de valores y una vida ejemplar. Entre todos salimos adelante, tuvimos tropiezos, dificultades económicas y personales, tropezamos, nos levantamos... pero todo ello con mucha unión y respeto los unos por los otros. Hoy estamos todos con nuestras vidas orientadas. A raíz de la muerte de mis padres, yo siempre tuve verdadero temor a la enfermedad y lo veía como algo malo, oscuro, sin salida.

Pero esto no es lo que tengo tantas ganas de contar. Hace dos años, en septiembre de 1999, detecté un bulto en mi pecho. No sé por qué, pero algo me estaba avisando

de que tenía que actuar rápido. Dados mis antecedentes familiares, contacté con un médico inmediatamente. Me recibió al día siguiente, pero había algo que me inquietaba además de ese bulto: sabía que podía estar embarazada, aunque tal vez era demasiado pronto para detectarlo. El médico se preocupó de analizar ese tumor, pero no daba importancia alguna al posible embarazo. Dada mi insistencia, la enfermera (a espaldas del médico) me realizó una prueba que podría ser bastante fiable. Al cabo de una hora, me confirmaban el embarazo, pero las otras pruebas todavía iban a tardar unos días.

A los siete días me enviaron los resultados. Parecía estar todo bien. Pero otra vez yo no estaba tranquila, algo me decía que sería bueno tener una segunda opinión. Fuimos a otro equipo de médicos que, a pesar de opinar que no parecía un tumor maligno, me realizó unas pruebas adicionales. Al día siguiente me comunicaban que el tumor era maligno.

Nos encontrábamos (Jorge y yo) con un tumor maligno y un embarazo de muy pocos días. Sabíamos que teníamos que actuar rápido o el tumor se extendería. Teníamos claro que nuestro hijo existía y que eso había que respetarlo. Acudimos de urgencia a varios equipos médicos. La búsqueda no fue fácil, yo estaba muy nerviosa. Sabía lo que me podía pasar, tenía mucho miedo... Pero era Dios el que nos había puesto en esas circunstancias y esperaba algo de nosotros, lo teníamos claro.

Nos encontramos con unos equipos médicos con una total ignorancia de cómo tratar un caso así y no dudaban de que el aborto era el primer paso que dar. La desazón que sentimos esos días fue tremenda. Contacté con una amiga a la que había pasado algo parecido y me aconsejó ir a la Clínica Universitaria de Navarra. Habían desarrollado conocimientos de cómo tratar a embarazadas con cáncer, sabían perfectamente qué

pasos dar. Nos encontramos con un equipo excepcional de profesionales y de personas.

El proceso fue muy largo. En primer lugar, se me operó a los pocos días. Los resultados indicaron que era necesaria una subsiguiente intervención más radical. Dos operaciones, seis sesiones de quimioterapia de 72 horas cada una con un embarazo... Explicar lo que sentía es muy difícil: tenía miedo por mi vida, por mi hijo, por mi familia...

Pero tenía claro que era lo que Dios quería de mí. Yo estaba sorprendida de lo que Dios debía valorarme, porque no sólo tenía un cáncer (que tanto temía) sino que además estaba embarazada. Recé mucho, y aprendí que Dios nos da fuerzas para salir adelante. Cuando estaba decaída moral o físicamente, pensaba que Dios sabía que podía hacerlo bien y eso me daba fuerzas para seguir adelante y de la mejor manera posible. Aprendí que Dios nos da fuerzas para lo de

hoy, no para todo lo que podamos imaginar, así que debía acotar mi imaginación y ponerme en sus manos. Me acordaba continuamente del “hágase en mí” de la Virgen María y le pedía que me cuidara y me arropara desde el cielo.

Conseguimos que los niños no supieran lo que estaba pasando. Si acaso que era un embarazo difícil. Cuando llegaban del colegio parecía que todos los sufrimientos se disipaban porque en ese momento lo importante eran ellos, me olvidaba de mí misma. El amor por tus hijos supera a cualquier tratamiento psicológico.

Mi marido estaba conmigo, mi familia me ayudó muchísimo, descubrí verdaderas amistades. Estaba rodeada de cosas buenísimas. Puedo decir que he palpado los rezos de la gente y estoy eternamente agradecida.

En mayo de 2000 nació Jaime tras un parto difícil de dos días que acabó en cesárea. A pesar de la medicación y de las operaciones, Jaime estaba perfecto, pesó al nacer dos kilos y ochocientos gramos y era un bebé sano. Había nacido porque Dios lo puso ahí. Hoy Jaime es un niño guapo, fuerte, con una sensibilidad increíble y tremendamente alegre.

Cuando veo a cualquiera de mis hijos, veo las manos prodigiosas de Dios, la creación. Ya no podemos tener más hijos, pero en el último momento Dios nos quiso poner a Jaime a nuestro cuidado, tal vez como un premio o como aliciente en la enfermedad que tanto temía. Mi vida vuelve a ser la misma, pero con una visión diferente que Dios me ha regalado. Tengo que dar gracias a Dios por lo que me sucedió, lo bueno supera con creces a lo malo, y sé que tengo que confiar en Él para el futuro. Dios está con nosotros y sea lo que sea no nos abandona. Ahora me queda la misión de educar lo mejor posible a nuestros hijos, transmitirles los valores que tanto nos han ayudado.

El motivo por el que le escribo es que vamos a ir a Roma con los cuatro niños y mi familia política, y nos encantaría poder asistir a la Santa Misa que celebra todos los días en su capilla privada y luego poder presentarle a esta familia cristiana que tiene muchos motivos de alegría.

No quiero despedirme sin decirle que cada día rezamos por Su Santidad, su persona e intenciones y sus colaboradores. Le pido su bendición apostólica para toda la familia.

PD: Estaremos en Roma desde la noche del día 30 de abril hasta la tarde del 5 de mayo.

Epílogo

Laura esperaba que le ofrecieran un lugar cercano durante la audiencia general del miércoles en Roma, pero su sorpresa fue grande cuando Su Santidad Juan Pablo II la recibió junto a su marido y sus cuatro hijos en una audiencia privada.

A veces los sufrimientos más atroces pueden conseguir premios insuperables.

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a Laura Castán, protagonista heroica de esta historia, por ofrecerse tan generosamente a contarme con detalle los distintos momentos, experiencias y sentimientos vividos durante el largo periodo de su enfermedad y convalecencia.

Al doctor Guillermo López, por su entrega, sabiduría médica y su formación ética, cuyo protagonismo en este caso clínico merece los mayores elogios.

Y a Jesús Zorrilla, que tuvo la gentileza de ofrecerme la oportunidad de escribir esta historia, prestándome en todo momento su apoyo.

Historia clínica

Laura Castán, de 35 años, casada, con tres hijos, acude a la consulta de Ginecología de la Clínica Universidad de Navarra el 11 de octubre de 1999. Gestante de cinco semanas, ha sido diagnosticada en otro centro de cáncer de mama ductal infiltrante. En las consultas a las que acudió en su ciudad de residencia le propusieron provocar el aborto en primer lugar y después iniciar el tratamiento oncológico. La enferma rechazó ese plan. Se le realiza el estudio de extensión de la enfermedad en la Clínica y se planifica el tratamiento, que consiste, en primer lugar, en la extirpación del tumor y, una vez recuperada de la cirugía, seis ciclos de quimioterapia. El día 15 de mayo de 2000, ya en el tercer trimestre de gestación, se termina el embarazo con una cesárea después de no responder a tres inducciones de parto. El recién nacido pesó 2.800 gr. y la exploración neonatal fue normal.

A los seis meses, en un control, a la paciente se le detectó un tumor de ovario, por lo que fue necesario practicarle una histerectomía y doble anexectomía. Se recuperó muy bien de la intervención quirúrgica. No fue necesario tratamiento complementario.

Actualmente, después de más de 11 años, los controles médicos son normales.

Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

Colección Historias de la Clínica

Títulos publicados

- | | |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker | 2007 |
| Juan Manuel de Prada | |
| 2. El clarinetista agradecido | 2008 |
| Soledad Puértolas | |
| 3. Noticias de la nieve | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo | |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino | |
| 5. Canto a la vida | 2011 |
| Mercedes Salisachs | |
| 6. Todo suena | 2012 |
| Lorenzo Silva | |



Clínica
Universidad
de Navarra

www.cun.es

historiasdelacun.es